PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Sucesión poblana

El extraño Bartlett

No sería la primera vez que un ex precandidato presidencial concluyera gobernando una entidad. Para sólo recordar un caso reciente, mencionamos el del doctor Emilio Martínez Manautou: secretario de la Presidencia en el sexenio 1964-70, pareció ser el más serio contendiente de Luis Echeve-

rría, que lo superó por una nariz. Seis años duró el ostracismo que entonces parecía natural a su condición de derrotado, al cabo de los cuales lo resucitó su amigo y ex partidario, el presidente López Portillo, quien lo hizo secretario de Salubridad y, en 1980, gobernador de Tamaulipas, para mal de esa entidad. Ahora se reeditará, con variantes, esa situación, con Manuel Bartlett en Puebla. Salvo que...

Como poderoso secretario de Gobernación, Bartlett llegó a la final de la búsqueda de la candidatura priísta en 1987. En vez de ser enviado a su casa, como correspondería a un perdedor, al que además se imputó el desacertado manejo del proceso electoral que dejó en entredicho al nuevo régimen, se le dejó permanecer en el gabinete, como secretario de Educación. En situación por varios títulos precaria, se mantuvo allí hasta la mitad del sexenio, y en enero de este año causó baja. Se supo que iría de embaja-

dor a Francia, donde habría querido viajar desde diciembre de 1988. Pero ya fuera por sus propias aspiraciones, o por conveniencias de la política presidencial, se mudó el rumbo previsto, y de pronto figuró en un cargo irrelevante y artificial. La única explicación para que apareciera como evaluador de proyectos regionales era que la zona encargada a su tarea incluía a Puebla, donde nació de padre tabasqueño. Alguna vez se mencionó la posibilidad de que se le considerara poblano con fines electorales, pero era una eventualidad remota.

El gobernador Mariano Piña Olaya protagonizó el caso, casi singular pues en él lo empata el de Jalisco, Guillermo Cosío Vidaurri, de padecer un desencuentro con grupos empresariales en un clima de cálido, amoroso entendimiento entre los grupos del poder económico y el gobierno federal. Tan intenso fue el antagonismo de los empresarios poblanos, acaudillados por neopanistas que lideraron organismos patronales de alcance nacional, que el día del informe casi

postero del gobernador, organizaron una huelga que desentonó del concierto general en todo el país. Quizá esa circunstancia condujo al Presidente a repensar el asunto y a buscar en Bartlett un precandidato de mayor estatura que los aspirantes mencionados, el senador Germán Sierra y el diputado Angel Aceves. Así empezó a caminar la posibilidad de que el ex secretario de Gobernación y de Educación prolongue sus días hábiles como gobernador de la entidad en que efectivamente nació pero con la que nada lo relaciona.

Naturalmente, los otros aspirantes no se quedaron quietos ni silenciosos. Procurar esparcir la convicción de que un extraño no podrá gobernar un estado donde la oposición hace progresos cotidianamente, y donde se presentarán probablemente candidatos del peso político de Jorge Ocejo por el PAN y Antonio Tenorio Adame por el PRD. La semana pasada esos aspirantes aprovecharon un suceso confuso para insistir en que la solución no está tomada. *El Universal* pu-

blicó el miércoles 29 de abril la noticia de que Blas Chumacero, el provento dirigente obrero poblano, se había manifestado ya en favor de Bartlett. Pero al día siguiente desmintió haberlo hecho. Incidentes así no son infrecuentes, pues irresponsables declarantes se asustan ante las consecuencias de sus dichos y encuentran fácil desmentir a quienes las recogen. Pero Aceves Saucedo, antaño cercano a la CTM y a Chumacero, y hoy convertido plenamente a la tecnocracia financiera, pues como presidente de la Comisión de Hacienda en la Cámara representa el interés del secretario Pedro Aspe, se montó en la circunstancia para hacer saber que hace su lucha, se reúne con partidarios (que lo serán con igual ardor de cualquier otro que el partido oficial designe, si no es él) y confía en sus apoyos.

Quizá esos apoyos consiguieran abatir la posibilidad de que Bartlett sea candidato. Con la buena razón del desarraigo pleno, pero no porque les importe, ultimarán políticamente a un personaje al que sintieron siempre ajeno al círculo más estrecho en torno de Salinas.